La mujer cananeiea

La mujer cananea fue atendida porque creyó, no porque puso a Jesús contra la pared, ni porque lo chantajeó diciendo: – Si no me respondes, romperé las Escrituras (…) La multitud trató de apedrear a Jesús por sus palabras y no por los milagros que realizó.

La mujer cananeiea

"Muchas buenas obras les he mostrado de mi Padre; ¿Por cuál de estas obras me apedreas? Los judíos respondieron y le dijeron: No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia; porque, siendo hombre, te conviertes en Dios para ti mismo "(Juan 10, 32-33).

> "*Y cuando Jesús se fue de allí, se fue a las partes de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer cananea, que había dejado aquellos alrededores, gritó, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí, que mi hija está miserablemente endemoniada. Pero no respondió una palabra. Y sus discípulos, acercándose a él, le rogaron, diciendo: Dile adiós, que nos ha estado gritando. Y él respondió y dijo: Sólo fui enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Entonces ella vino y lo adoró, diciendo: ¡Señor, ayúdame! Pero él respondió y dijo: No es bueno tomar el pan de los niños y arrojarlo a los cachorros. Y ella dijo: Sí, Señor, pero los perros también comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús respondió y le dijo: Mujer, ¡grande es tu fe! Deja que se haga por ti como desees. Y desde aquella hora su hija fue sanada*" (Mt 15, 21-28).

Un creyente extranjero

Después de reprochar a los fariseos que pensaran que servir a Dios equivalía a seguir las tradiciones de los hombres (Marcos 7: 24-30), Jesús y sus discípulos fueron a las tierras de Tiro y Sidón.

El evangelista Lucas deja claro que, en tierras extranjeras, Jesús entró a una casa y no quería que supieran que estaba allí, sin embargo, no fue posible esconderse. Una mujer griega, sirofenicia de sangre, que tenía una hija poseída por un espíritu inmundo, al enterarse de Jesús, comenzó a rogarle que expulsara el espíritu que la atormentaba de su hija.

> "Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, oyendo de él, fue y se arrojó a sus pies" (Mc 7, 25).

El evangelista Mateo describió que la mujer salió del vecindario y comenzó a llorar diciendo:

> ¡Señor, Hijo de David, ten piedad de mí, que mi hija está miserablemente demonizada! Pero, a pesar de las súplicas, Jesús no pareció escucharla.

A diferencia de muchos otros que escucharon de Jesús, la mujer cananea declaró una verdad única:

> 'Señor, Hijo de David, ten piedad de mí …'.

La mujer no clamó por un mago, un hechicero, un sanador, un hacedor de milagros, un médico, etc., pero sí clamó por el Hijo de David. Mientras los hijos de Israel se preguntaban si Cristo era realmente el Hijo de David, el Hijo de Dios, la mujer cananea gritó llena de certeza: "Señor, Hijo de David …", una certeza extraña en comparación con las especulaciones de la multitud.

> “Y toda la multitud estaba asombrada y decía: ‘¿No es éste el Hijo de David?‘ (Mt 12:23).

Dios había prometido en las Escrituras que el Mesías sería el hijo de David, y el pueblo de Israel esperaba con ansias su venida. Dios había prometido que un descendiente de David, según la carne, construiría una casa para Dios y el reino de Israel se establecería por encima de todos los reinos (2 Sam. 7:13, 16). Sin embargo, la misma profecía dejó en claro que este descendiente sería el Hijo de Dios, porque Dios mismo sería su Padre, y el descendiente su Hijo.

> “Yo seré su padre, y él será mi hijo; y si llego a transgredir, lo castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres ”(2 Sam 7:14).

Aunque nació en la casa de David, porque María era descendiente de David, los escribas y fariseos rechazaron al Mesías. Aunque las Escrituras dejaron muy claro que Dios tenía un Hijo, no creyeron en Cristo y rechazaron la posibilidad de que Dios tuviera un Hijo.

“¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién cerró los vientos en tus puños? ¿Quién ató las aguas a la ropa? ¿Quién estableció todos los confines de la tierra? ¿Cual es tu nombre? ¿Y cuál es el nombre de su hijo, si lo sabe? (Pr 30: 3).

Ante la pregunta de Jesús:

“¿Cómo dicen que Cristo es el hijo de David?” (Lc 20:41), sus acusadores no pudieron responder por qué David llamó proféticamente a su hijo Señor, si es de los hijos honrar a los padres y no de los padres a los hijos (Lc 20:44), sin embargo, lo que esa mujer extranjera oído hablar de Cristo fue suficiente para concluir que Cristo era el Hijo de Dios a quien David llamó Señor.

Ahora, aunque era extranjera, la mujer escuchó de Cristo, y la

información que le llegó la llevó a concluir que Cristo era el Mesías prometido, la Simiente de David.

> “He aquí que vienen días, dice el SEÑOR, en que levantaré un Renuevo justo a David; y siendo rey, reinará y actuará con sabiduría, y ejercerá el juicio y la justicia en la tierra ”(Jer 23: 5).

A causa del grito de la mujer, los discípulos se turbaron y le pidieron a Cristo que la despidiera. Fue entonces cuando Jesús respondió a los discípulos diciendo:

> “Fui enviado solo a las ovejas perdidas de la casa de Israel”.

A pesar de estar en tierra extranjera, Jesús enfatizó cuál era su misión.

> “Por los suyos vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11); “Las ovejas perdidas han sido mi pueblo, sus pastores las desviaron, a los montes las desviaron; de colina en colina caminaban, olvidaban su lugar de descanso ”(Jer 50: 6).

Cuando el pueblo de Israel se olvidó del “lugar de su descanso”, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para anunciarlos:

> “Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os haré descansar” (Mt 11, 28);

> “Acerca de su Hijo, que nació de la descendencia de David según la carne” (Rom. 1: 3).

Al convocar a su pueblo diciendo: – Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, Jesús se identifica como el cumplimiento de lo profetizado por boca de Jeremías.

El pueblo del Mesías lo rechazó, pero la mujer cananea se acercó a Jesús y lo adoró, diciendo:

¡Señor, ayúdame!

El evangelista Mateo deja en claro que debido a que la mujer le había pedido ayuda a Cristo, lo estaba adorando. Porque gritó:

¡Señor, ayúdame! La petición de la mujer era adorar al Hijo de David.

Habiendo oído hablar de Jesús, la mujer creyó que era el Hijo de David y, al mismo tiempo, creyó que Cristo era el Hijo de Dios, porque lo adoró pidiendo ayuda. El evangelista aclara que el hecho de pedirle a Cristo que le conceda el don de liberar a su hija de ese terrible mal, algo imposible para los hombres, constituyó un culto.

La adoración de la mujer aparentemente no tuvo efecto, como dijo Jesús: – No es bueno tomar el pan de los niños y arrojarlo a los cachorros. La respuesta de Cristo a la mujer fue un complemento de la respuesta de Cristo a los discípulos.

El registro del evangelista Marcos da el significado exacto de la frase de Cristo:

> “Que los niños primero se satisfagan; porque no conviene tomar el pan de los niños y tirárselo a los cachorros”(Marcos 7, 27).

Jesús enfatizaba que su misión estaba ligada a la casa de Israel, y atenderla sería comparable al acto de un padre de familia que toma el pan de sus hijos y se lo da a los cachorros.

La respuesta de la mujer cananea es sorprendente, ya que no actuó con agrado en comparación con los perros, y responde:

> – Sí, Señor, pero los cachorros también comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Ella confirma lo que Jesús le dijo, sin embargo, enfatiza que no buscaba comida para sus hijos, sino las migajas que pertenecen a

> los cachorros.

Para esa mujer, la miga de la mesa del Hijo de David fue suficiente para resolver su problema. Demostró que no tenía la intención de quitarles el pan a los niños que tenían derecho a ser partícipes en la mesa, pero la miga que cayó de la mesa del Hijo de David fue suficiente.

Fue entonces cuando Jesús le respondió:

> — ¡Oh mujer, grande es tu fe! Deja que se haga por ti como desees. Y desde esa hora la hija de la mujer estaba sana.

Es importante notar que la mujer cananea fue atendida porque creía que Cristo era el enviado de Dios, el Hijo de David, el Señor, y no porque Jesús se sintiera conmovido por la condición de una madre desesperada. No es la desesperación de un padre o una madre lo que hace que Dios acuda en ayuda de los hombres, para Cristo, cuando leyó las Escrituras en el profeta Isaías, quien dice

> "El Espíritu del Señor está sobre mí…" dijo: "Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos" (Lucas 4:21)

El testimonio de las Escrituras

Muchos de los que siguieron a Cristo tenían necesidades similares a las de la mujer cananea, sin embargo, esa madre se destacó entre la multitud por reconocer dos verdades esenciales:

1. que Cristo era el Hijo de David, y;
2. el Hijo de Dios, el Señor.

Aunque Cristo fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, anunciando el evangelio y realizando muchos milagros, los hijos de Israel consideraron a Jesucristo como un profeta

más.

> “Algunos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas ”(Mt 16,14).

Como los hijos de Jacob no reconocieron a Jesús como el enviado de Dios, el hijo del hombre, Cristo se dirigió a sus discípulos:

> “Y tú, ¿quién dices que soy?”. Fue entonces cuando el apóstol Pedro hizo la maravillosa confesión (admitió) que Cristo es el Hijo del Dios viviente.

Como los judíos no podían ver que Cristo era el Mesías prometido, aunque tenían las Escrituras en la mano, el verdadero testimonio de Dios acerca de Su Hijo, Jesús instruyó a sus discípulos que no declararan esta verdad a nadie.

> “Entonces mandó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era Jesús el Cristo” (Mt 16,20).

¿Por qué Jesús no quería que los discípulos declararan que él era el Cristo?

Porque Jesús quería que los hombres creyeran en él según las Escrituras, porque son ellos los que dan testimonio de él. Esto se debe a que Jesús deja en claro que: no aceptó el testimonio de los hombres, y si testificara de sí mismo, su testimonio no sería verdadero.

> “Si doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero” (Juan 5:31), y que el testimonio del Padre (de las Escrituras) era verdadero y suficiente “Hay otro que da testimonio de mí, y yo sé que su testimonio de mí es verdadero” (Juan 5:32).

Aunque entendemos que Juan el Bautista testificó de Cristo, su testimonio fue un testimonio de la verdad “Enviaste mensajeros a Juan, y él testificó de la verdad” (Juan 5:33), es decir, todo lo que dijo el Bautista estaba directamente relacionado

con las Escrituras, porque solo la palabra de Dios es la verdad (Juan 17:17).

Ahora, Jesús no quería que sus discípulos revelaran que él era el Cristo porque no recibe testimonio de los hombres (Juan 5:34), antes de que tuviera un testimonio mayor, el testimonio del Padre, y todos los hombres deben creer en el testimonio de que Dios registrado acerca de Su Hijo en las Escrituras.

> “Escudriñas las Escrituras, porque piensas que tienes vida eterna en ellas, y dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

Creer en Dios no es resultado de milagros, antes del testimonio que los profetas anunciaron acerca de la verdad (Juan 4:48). Contar ‘milagros’ no es un testimonio de la verdad. El apóstol Pedro deja en claro lo que es testificar:

> “Pero la palabra del SEÑOR permanece para siempre. Y esta es la palabra que fue evangelizada entre vosotros ”(1 Ped. 1:25).

Testificar es hablar la palabra de Dios, hablar lo que dicen las Escrituras, anunciando a los hombres que Cristo es el Hijo de Dios.

Hoy en día, el énfasis de muchos está en las personas y los milagros realizados por ellos, pero la Biblia deja en claro que el ministerio de los apóstoles no se basó en milagros, sino en la palabra. El primer discurso de Pedro expuso a los habitantes de Jerusalén al testimonio de las Escrituras (Hechos 2:14 -36). Incluso después de que un cojo sanó a la puerta del templo, reprendió a sus oyentes para que no se asombraran de la señal milagrosa (Hch 3:12), y luego expuso el testimonio de las Escrituras (Hch 3:13-26).

Cuando los judíos apedrearon a Esteban, él era como Juan el Bautista, testificando acerca de la verdad, es decir, exponiendo el testimonio que Dios dio acerca de su Hijo, anunciando las Escrituras a la multitud enojada (Hch 7,51-53).

Si Esteban estuviera contando señales milagrosas, nunca sería apedreado, porque el rechazo de los hombres está relacionado con la palabra del evangelio y no con las señales milagrosas (Juan 6:60). La multitud quería apedrear a Jesús por sus palabras, no por los milagros que realizaba.

> "Muchas buenas obras les he mostrado de mi Padre; ¿Por cuál de estas obras me apedreas? Los judíos respondieron y le dijeron: No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia; porque, siendo hombre, te conviertes en Dios para ti mismo" (Juan 10, 32-33).

Muchos vieron el milagro que Cristo realizó para la mujer cananea, sin embargo, la multitud que lo siguió no confesó que Jesús era el Hijo de David como lo hizo cuando escuchó acerca de la Palabra eterna, la palabra del Señor que permanece para siempre. Al pueblo de Israel se le dio a escuchar las Escrituras, pero les faltaba la mujer cananea que, al escuchar acerca de Jesús, dio crédito y clamó por el Hijo de David y lo adoró.

La diferencia de la mujer radica en el hecho de que escuchó y creyó, mientras que la multitud que siguió a Cristo vio los milagros (Mt 11:20 -22), examinó las Escrituras (Juan 5:39) y concluyó erróneamente que Jesús era solo Un profeta. Rechazaron a Cristo para no tener vida (Juan 5:40).

En la mujer cananea y en los muchos gentiles que creyeron, se cumple el anuncio de Isaías:

> "De los que no preguntaron por mí fui buscado, de los que no me buscaron fui hallado; Le dije a una nación que no lleva mi nombre: Aquí estoy. Aquí estoy "(Is 65: 1).

Ahora, sabemos que (la fe viene por oír) y oír por la palabra de Dios, y lo que la mujer escuchó fue suficiente para creer.

"¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si

no hay nadie para predicar? (Romanos 10:14). Todo el que oye y cree es bienaventurado, porque Jesús mismo dijo:

> “Jesús le dijo: Porque me viste, Tomás, creiste; bienaventurados los que no vieron y creyeron ”(Juan 20:29).

Como creyó la mujer cananea, vio la gloria de Dios

> Jesús le dijo: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Juan 11:40), a diferencia del pueblo de Israel que esperaba ver lo sobrenatural para poder creer

> Le dijeron: ‘¿Qué señal, pues, haces para que lo veamos y creamos en ti? ¿Qué estás haciendo? “ (Jo 6:30).

Ahora la gloria de Dios se revela en el rostro de Cristo, y no en operaciones milagrosas.

> “Porque Dios, que dijo que la luz brilla de las tinieblas, resplandece en nuestro corazón, para la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios, en el rostro de Jesucristo” (2Co 4: 6). Lo que salva es el resplandor del rostro del Señor que escondió su rostro de la casa de los hijos de Israel.

> “Y esperaré en el SEÑOR, que esconde su rostro de la casa de Jacob, y esperaré en él” (Is 8, 17; Sal 80: 3).

La mujer cananea fue atendida porque creyó, no porque puso a Jesús contra la pared, ni porque lo chantajeó diciendo: – Si no me respondes, romperé las Escrituras. Antes de que le concedieran la liberación de su hija, la mujer ya había creído, a diferencia de muchos que quieren una acción milagrosa para creer.

¿Qué escuchó la mujer cananea acerca de Cristo? Ahora bien, si la fe viene por el oír y el oír por la palabra de Dios. Lo que la mujer cananea escuchó no fue el testimonio de milagros o que alguien famoso se hubiera convertido. Escuchar que alguien ha logrado un milagro o leer una pancarta que dice que ha

alcanzado la gracia no hará que una persona confiese abiertamente que Cristo es el Hijo de David.

El testimonio que produce fe proviene de las Escrituras, porque son los testimonios de Cristo. Decir que un artista se convirtió, o que alguien dejó las drogas, la prostitución, etc., no es la ley y el testimonio sellado entre los discípulos de Cristo. El profeta Isaías es claro:

> "¡A la ley y al testimonio! Si no hablan conforme a esta palabra, es porque no les ha amanecido "(Is 8, 20).

El testimonio es el sello distintivo de la iglesia, no las señales milagrosas, porque Cristo mismo advirtió que los falsos profetas harían señales, profetizarían y expulsarían demonios (Mt 7:22). El fruto que sale de los labios, es decir, el testimonio es la diferencia entre el verdadero y el falso profeta, porque el falso profeta vendrá disfrazado de oveja, de modo que, por las acciones y las apariencias, es imposible identificarlos (Mt 7, 15). -dieciséis).

El que cree en mí según las Escrituras' es la condición establecida por Cristo para que haya luz en los hombres "El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno" (Juan 7:38), porque las palabras de Cristo son Espíritu y vida (Juan 6:63), semilla incorruptible, y única tal semilla germina una nueva vida que da derecho a la vida eterna (1 P. 1:23).

Quien crea en Cristo como el Hijo de David, el Señor, el Hijo del Dios viviente, ya no es un forastero ni un forastero. No vivirá de las migajas que caen de la mesa de su amo, pero se ha convertido en un conciudadano de los santos. Se convirtió en participante de la familia de Dios "Tan pronto como dejen de ser extranjeros o extraños, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios" (Efesios 2:19).

El que cree en el Hijo de David, cree en la descendencia prometida a Abraham, por eso es bienaventurado como el

creyente Abraham, y participa de todos los beneficios prometidos por Dios a través de sus santos profetas, porque todo lo que los profetas escribieron, escribieron sobre el Hijo. (Juan 5:46 -47; Hebreos 1: 1-2).

El que cree puede hacer todas las cosas en Dios, como dice:

> “Quienes por la fe conquistaron reinos, practicaron la justicia, cumplieron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron la fuerza del fuego, escaparon del filo de la espada, de la debilidad sacaron fuerzas, lucharon en la batalla, pusieron los ejércitos de extraños. Las mujeres recibieron a sus muertos por resurrección; algunos fueron torturados, no aceptando su liberación, para lograr una mejor resurrección; Y otros sufrieron desprecios y azotes, e incluso cadenas y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, juzgados, asesinados a espada; caminaban vestidos con pieles de oveja y de cabra, indefensos, afligidos y maltratados (de lo cual el mundo era indigno), vagando por desiertos y montañas, y por los pozos y cuevas de la tierra. Y todos estos, habiendo tenido un testimonio por fe, no alcanzaron la promesa, Dios proveyendo algo mejor sobre nosotros, que no serían perfeccionados sin nosotros ”(Heb 11:33 -40).